

**LUIS BELDI**



# LOS 12 APÓSTOLES

**La masacre de Sierra Chica**

Canibalismo y venganza en el motín  
más sangriento de la historia

## Índice

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Infografía](#)

[1. El Capellán](#)

[2. El pueblo de Sierra Chica](#)

[3. Sierra Chica, 1995](#)

[4. Navidad de 1995](#)

[5. Sierra Chica, 1996](#)

[6. El Paraguayo Miguá](#)

[7. El karateca](#)

[8. «Los arruinaguachos»](#)

[9. Agapito y Gaitán](#)

[10. Los días previos](#)

[11. Viernes Santo](#)

[12. Sábado Santo](#)

[13. La jueza María Malere](#)

[14. Domingo Santo](#)

[15. Lunes, la masacre](#)

[16. Lunes, velorio y cremación](#)

[17. Martes, la comunión](#)

[18. Miércoles de cenizas](#)

[19. Jueves de negociaciones](#)

[20. Viernes sin túnel](#)

[21. Sábado, los últimos rebeldes](#)

[22. Domingo, la rendición](#)

[23. El juicio](#)

[24. El regreso](#)

*A mi mamá María Arias de Beldi, que me enseñó a leer y escribir*

## PRÓLOGO

Llegué a esta historia siguiendo un camino y entendí que los destinos no se cumplen cuando queremos, pero se cumplen. Los sucesos de Sierra Chica coincidieron con mi retorno a *Ámbito Financiero*, después de cinco años de trabajar en radio y televisión. La historia del motín me atrapó. No por lo que conocí en ese momento por los medios de comunicación, sino por lo que no sabía.

¿Por qué algunos hombres pueden llegar a esos extremos? Matar, descuartizar, violar o cocinarle carne humana a los rehenes. Me interesaba más la vida de los Doce Apóstoles que la masacre.

Pasaron los años y en un almuerzo a principios de 2006 con Anabella Hers, abogada del Servicio Penitenciario Federal, surgió el tema. Descubrimos la ignorancia que teníamos sobre un hecho que nos apasionaba. Decidimos investigarlo y escribir la historia. Ella, sobrepasada por su trabajo y viendo la enorme tarea que significaba llegar hasta este grupo de hombres, desistió antes de comenzar.

Yo la iba a imitar, cansado de fracasar en mis búsquedas. Sólo había conseguido el extenso fallo de más de cien páginas y hablar con uno de los jueces que los condenaron, el doctor Adolfo Rocha Campos, que me citó en Azul y hasta allí viajé. Me contó detalles que desconocía. Algunos irrelevantes pero que me hicieron ver cómo el motín alteró la vida de los que estuvieron adentro del muro, como el doctor Suart, uno de los rehenes, que hoy todavía pega un salto en la silla cuando escucha un trueno o un ruido fuerte. El juez me habló sobre la Garza Sosa, sospechado de entrar la pistola que desató la rebelión. Escuché por primera vez detalles sobre su abogada-amante. «Pero la verdad la tienen ellos y no quieren hablar», me advirtió y me orientó sobre quiénes eran los más lúcidos. Supe que sin los Apóstoles no tenía historia y sentí que la verdad estaba guardada en un lugar impenetrable.

Regresé desalentado. No encontraba cómo llegar a los protagonistas. Hablé con Dorota Miszta, una amiga apasionada de los relatos macabros. «Lo más importante es cómo funcionan sus cabezas y que describas la muerte de la manera más íntima», me dijo.

El aliento renació cuando Sara Louzan, que compartía una parte de mi vida, me dijo: «este y no otro tiene que ser tu primer libro».

La señal que buscaba llegó mientras navegaba por Internet. Ya no sabía qué palabras poner en los buscadores para encontrar una pista. Escribí en Google «Jorge Pedraza», el nombre del jefe de los Apóstoles, y entre la catarata de sitios que aparecieron en la pantalla, me detuve en un reportaje con foto que le hicieron en un periódico evangelista: *El Puente*. No habló del motín, pero supe que era el hombre que buscaba y que su aproximación a la religión me abría una puerta. «Si existe un destino que se anuncia con señales, esta es muy clara», pensé. A través del periódico llegué al capellán que los visitaba y asistía espiritualmente, Daniel Visciglia. Me llevó a la cárcel de Ituzaingó a conocer a Pedraza, sin garantizarme nada. Entré como predicador de Emanuel, la iglesia a la que pertenecía el capellán. Tomé mate con facturas con Pedraza y conversamos. Me costó convencerlo, porque muchos habían intentado entrevistarlos sin resultado, aún ofreciendo mucho dinero. Fueron tres horas de conversaciones donde convinimos hablar sólo de su vida y no de la Semana Santa de 1996. Era un principio.

Con la aceptación de Pedraza, comencé la investigación. A los dos meses de visitarlo todos los viernes, se decidió a contarme los hechos. En una de las entrevistas conocí a Ariel Acuña, que había salido hacía unos días de la cárcel e iba a visitar a quien fue su protector en Sierra Chica. Cuando terminó el encuentro almorzamos. El camino se iba abriendo. Por Ariel llegué al paraguayo Miguel Ángel Ruiz Dávalos. Los Doce Apóstoles dejaron de ser un misterio y se transformaron en algo más cotidiano.

Cuando me relataron los días macabros quedé afectado. Ellos me contaban las atrocidades con naturalidad, sin re-

mordimientos ni pesar. Cuando superé el ahogo inicial, me fui al otro extremo y empecé a preguntar los pormenores más sombríos. Después me cuestioné la frialdad que me llevó a pedirle a uno de ellos que se bajara los pantalones para mostrarme los tatuajes satánicos que se había dibujado en las piernas. Quería describir los hechos con minuciosidad, para mezclarlos con la pasión.

De a poco se fue armando una historia que es imposible que la imaginación más descontrolada pueda superar.

Sexo entre hombres, entre mujeres, homicidios, venganzas, engaños, delaciones, violaciones, canibalismo, duelos, descuartizamiento, drogas, dolor, soledad, abandono, llanto, humillaciones, poder, soberbia, son pasiones que en la prisión están en dosis concentradas.

Al poco tiempo de las entrevistas, contacté a Fernando Díaz, el director del Servicio Penitenciario.

Me dio acceso a todos los penales y descubrí a un hombre sensible y eficiente que estaba preocupado por el futuro de los setenta presos que cada día dejan las cárceles de la provincia de Buenos Aires y no cuentan con un ingreso mínimo asegurado en los primeros meses para no volver a delinquir. La sociedad no los acepta, cada uno le aplica su propia condena y los que se quieren regenerar no pueden.

No es culpa de la gente que la vida sea así, somos víctimas. Es el Estado el que debería ser el puente de reinserción de los liberados en la sociedad. Y esa es la tarea que tomó a su cargo Fernando Díaz, aunque su función no se lo exija porque sólo es responsable de los que están en las cárceles de la provincia de Buenos Aires. Apasionado por su trabajo, está creando un estilo más humano para dirigir los presidios.

Fernando ayuda a Ariel y a otros ex convictos para que no vuelvan al delito y ellos le devuelven las atenciones llevándoles las inquietudes y los reclamos de los presos en las cárceles adonde predicán. Son la mejor prevención contra cualquier motín.

Después apareció otro hombre fundamental para este relato: el inspector general Julio Barroso, ya retirado y con inclinaciones por la literatura. De su libro *Los 12 Apóstoles de la Muerte*, con su autorización, tomé datos y diálogos. Me contó cómo el Servicio Penitenciario bonaerense manejó el conflicto afuera del presidio. Los diecisiete rehenes tienen una deuda de gratitud con Barroso, porque junto a Esteban Mazante y Guillermo McLoughlin formaron el triángulo que tomó las decisiones más difíciles. Discutieron, tuvieron desacuerdos, estuvieron cerca del fracaso, pero al final salvaron a todos los cautivos.

Cuando comencé a escribir, mis hijos colaboraron. Nicolás copiaba en la computadora apuntes y borradores. Mariana diseñó la infografía que ayuda a comprender dónde se desarrolló cada episodio del motín, sobre la base de la maqueta que se utilizó en el juicio a los Doce Apóstoles. Recomendando seguir la narración consultando la infografía.

Antes de terminar la obra tuve lectores desinteresados de los primeros capítulos. Maggie Henríquez me estimuló todo el tiempo. Leyó de corrido toda la primera parte en un viaje al exterior y me aportó sugerencias que apliqué.

Liliana Moreno me contactó con médicos forenses.

Juan Pablo Saccinelli, compañero de *Ámbito Financiero*, fue otro lector valioso. Su entusiasmo me hizo ver que el libro podía interesarles a los jóvenes que poco habían oído de la masacre. Sergio Datillo, mi compañero de escritorio, fue un incansable juez de párrafos que le leí cuando tuve

dudas. Máximo Soto, de profesión escritor, me dio la seguridad para comenzar la obra y me transmitió algunos secretos.

Fue el guía que apareció en el momento exacto.

Andrea Sambucetti es una colega que atendió mis llamados a cualquier hora de la madrugada. Ella, además de escribir, es una psicóloga abnegada que dedica una parte de su tiempo a los pacientes del Borda. Me ayudó a descifrar algunas conductas de los personajes.

Los que nombré son mis acreedores, incluida Ana María, la mamá de mis hijos, que siguió con entusiasmo lo que estábamos haciendo. También incluyo a mi padre Luis Pilade Beldi, porque sigue viviendo pleno a los 88 años y todos los días trabaja conmigo.

LUIS BELDI

INFOGRAFÍA

A. Fuga

1. Escuela
2. Campo de deportes
3. Carpintería
4. Talleres
5. Sala de visitas
6. Patios internos
7. Terraza de Sanidad

8. Sanidad (rehenes)
  9. Mandadero
  10. Sala de control
  11. Cocina
  12. Panadería
  13. Jefatura de vigilancia
  14. Sala de encuentros
  15. Capilla
  16. Garita 9
  17. Garita 10
  18. Guardia armada
  19. Pabellón I
  20. Pabellón VI
  21. Pabellón VIII
  22. Pabellón XI
  23. Pabellón XII (buzones)
  24. Patio principal
- 1
- El Capellán

El viernes 10 de agosto de 2007 a las cinco de la mañana, busqué en la Estación Retiro al pastor evangelista Ariel Acuña, conocido como «El Gitano» en su pasado de delincuente y como Ariel Acuña Mansilla en los penales, donde pasó más de la mitad de su vida, porque los carceleros identifican a los presos con el apellido paterno y materno.

Lo esperé adentro del Mercedes Benz, a unos metros de la estación central del Ferrocarril San Martín. La lluvia había ahuyentado a todos menos a los marginales que revolvían la basura.

Quería huir de Retiro. Deseaba que Ariel Acuña llegara ya: las terminales de pasajeros, aun las de aviones, son de una tristeza insoportable en las madrugadas. Es la hora en que las caras se afean. Tengo la sensación de que los mejores están durmiendo.

Me había levantado a las cuatro de la mañana. Estaba mal dormido porque la ansiedad le había ganado al sueño: iba a conocer el penal de Sierra Chica, donde en la Semana Santa de 1996 ocurrió el motín que más se recuerda en la historia carcelaria argentina. Demasiado tiempo estuve buscando las causas de la masacre. No fue un hecho espontáneo, irracional o impulsivo; era una historia de odios guardados durante años. Ahora estaba cerca de revivirla en el lugar en donde ocurrió acompañado por uno de los protagonistas.

Cuando se nombra Sierra Chica, la memoria remite a las empanadas de carne humana que los amotinados les sirvieron a los rehenes y a los jefes de la rebelión que la prensa bautizó como Los Doce Apóstoles, no sólo porque la toma del penal fue en Semana Santa, sino por su fanatismo y por ofrendar a los carceleros el cuerpo y la sangre de un preso en una macabra comunión.

Conocía todo sobre el motín que duró ocho días y dejó ocho muertos. Hacía un año que, además de hablar con Ariel Acuña, uno de los Apóstoles, visitaba en distintos penales a Jorge «Pelela» Pedraza, el jefe del grupo, y a Miguel Ángel «Miguá» Ruiz Dávalos, su lugarteniente. También había conversado con algunos rehenes y con Julio Barroso, uno de los jefes superiores del Servicio Penitenciario que dirigió el operativo de recuperación del penal.

Como Ariel había salido del presidio hacía pocas semanas, nos encontrábamos con frecuencia para dar largos paseos. Quería ver cómo se comportaba un hombre en libertad después de diecisiete años de encierro. Me deleitaba escuchar sus opiniones sobre la Buenos Aires de 2007 que miraba con asombro.

No podía creer que esa expresión de inocencia correspondiera a un hombre que conoció varios infiernos. Almorzábamos juntos y un día nos animamos a pedir empanadas. Desdramatizamos el momento con humor negro. «Si pongo una pizzería la voy a bautizar Los Doce Apóstoles y le voy a colgar un cartel que diga que es atendida por sus propios dueños», me contaba riendo.

Me llevó tiempo ganar la confianza de los Apóstoles que estaban en prisión. Fueron mañanas de compartir el mate que ellos preparaban, con las facturas que yo llevaba. La paciencia dio resultado y pude conocer la verdad que al día de hoy ignoran hasta los jueces que los sentenciaron.

Los condenaron en abril de 2000. El juicio oral, que seguí con atención, duró más de dos meses. Las declaraciones de los testigos no fueron creíbles. En sus argumentos, ligeros e imprecisos, no encontré los motivos del ensañamiento de los rebeldes con los asesinados y, mucho menos, del posterior canibalismo. Los Apóstoles no declararon. Des-

pués supe que hubo un pacto de silencio que se lo impusieron a los que estuvieron en el penal. Unos cumplieron por convicción y otros por miedo.

El juicio oral se hizo en la cárcel de alta seguridad Melchor Romero, en la ciudad de La Plata, por la peligrosidad y el temor que generaban los Apóstoles. Guillermo McLoughlin, que fue director del Servicio de Seguridad del Servicio Penitenciario de la provincia de Buenos Aires durante el motín, le dijo a los tres jueces: «Mi seguridad no va a ser desde mañana la misma que es hasta hoy. Corro más peligro en la calle que dentro de una unidad».

—¿Cree que un preso puede declarar contra otro preso? — le preguntó la fiscal Silvia Etcheverry.

—No, algo le pasaría. No podría volver a pisar ningún penal de la provincia hasta que cumpla su condena. Esto no termina en los acusados, porque ellos tienen sus amigos.

El ex director fue lapidario: «el único lugar donde van a estar seguros los presos que declaren es en su casa. A cualquier penal que vayan los van a matar».

Los Apóstoles y doce acusados más estaban adentro del presidio encerrados en una jaula, atrás de un muro de hormigón de ocho metros de alto, a doscientos metros de la sala del juicio. Los veinticuatro reos veían y escuchaban lo que ocurría en el recinto por una gigantesca pantalla de televisión de setenta pulgadas. La jaula estaba dividida en tres secciones para separar a grupos de delincuentes que tenían cuentas pendientes entre sí. El odio entre presos no lo calma ni el paso del tiempo. Es el sentimiento que los mantiene vivos en la cárcel. El amor, en cambio, es fatal: los puede matar de pena.

El cuadrado de barrotes gruesos estaba rodeado por medio centenar de guardias y un escuadrón de perros. Los presos, para comunicarse con sus abogados, debían pedir permiso, porque la cabina con auriculares y micrófono estaba afuera de la jaula.

Los jueces, con sentido práctico, creyeron que al tener a los acusados lejos de la sala de enjuiciamiento, los testigos declararían con menos presiones. No deberían soportar las miradas de Jorge Pedraza y su gente. Pero ese encierro atentó contra todos los principios de igualdad ante la Justicia, porque fue una condena anticipada: solo se enjaula a los incontrolables, a las fieras. Ese prejuicio, instalado en la sociedad y los medios de comunicación, fue más fuerte que las leyes: la jaula fue un estigma y el silencio de los acusados se tomó como una confesión de sus culpas.

El ministro de Justicia de la provincia de Buenos Aires reflejó el sentimiento de la época, cuando antes del juicio explicó: «Los pusimos en una jaula porque son peligrosos. Son gente que está decidida a cualquier cosa».

Los Doce Apóstoles parecían tener brazos muy largos para la venganza. Los presos que declararon ante los jueces fueron los que más alejados estuvieron de los hechos de Semana Santa. Lo hicieron para conseguir ventajas como el traslado a otras cárceles en condiciones más confortables, por ser «testigos protegidos». Los que estuvieron en el lugar y presenciaron el horror no abrieron la boca.

Los más fabuladores hablaron y describieron situaciones que no presenciaron, como los asesinatos, el descuartizamiento o la cremación de cadáveres. Fueron cuentos cargados de tanta audacia como imprecisiones. Cada uno dio una versión distinta. Los jueces prefirieron adherir a las historias más fantasiosas, por estar más cargadas de detalles,

que esforzarse en buscar las coincidencias que demostraran su veracidad.

A favor de la fantasía jugó que siete de los ocho asesinados durante el motín fueron descuartizados y cremados. Era imposible comprobar la forma en que murieron y, mucho más, quiénes los mataron.

Los cadáveres, reducidos a cenizas, se cargaron en la mayor de las bandejas de la panadería y se esparcieron por el patio del penal.

Tiempo después comparé las declaraciones con mis apuntes para ver si algún dato los enriquecía.

Aportaron muy poco, sólo contradicciones que me hicieron ver que les cargaron crímenes a quienes no los cometieron y los absolvieron de otros que ejecutaron. Pero como eran asesinos (y de esto no hay dudas) la prioridad para los jueces fue la condena, no la verdad.

Comprendí que hay dos visiones sobre los sucesos: para los que estuvieron afuera del penal, incluidos los jueces, fue una masacre; para la mayoría de los que estuvieron entre los muros, un acto de justicia.

Para mi suerte, Ariel Acuña apareció rápido de entre la oscuridad de Retiro. Se subió al auto. Venía abrigado por una campera clara con cuello de piel sintética para soportar esa madrugada impiadosa de cuatro grados, con viento y lluvia helada.

Partíamos a Sierra Chica para que me hiciera una visita guiada por el penal y me explicara los sucesos de hace once años en el exacto lugar en que ocurrieron.

Quería bajar a tierra todos mis conocimientos de la historia. Ver los pabellones, en particular el 8, donde comenzó la carcería de presos. También me interesaban los *buzones* (celdas de castigo) del pabellón 12, el sitio de un siniestro velatorio de cadáveres apilados. En mi curiosidad entraban los hornos de la panadería donde los cremaron; la cocina, el taller, la carpintería, la capilla que sirvió de refugio a homosexuales y ex oficiales de la policía, y el túnel inconcluso.

Ariel tenía 22 años en la Semana Santa de 1996. Hoy, a los 33, tiene la personalidad de un chico, aunque su aspecto rudo lo desdiga. Paga el precio de no haber tenido niñez: la edad no coincide con la persona, se desencuentran en el tiempo. La infancia es la única etapa de la vida que se puede perder. Se es adolescente y adulto, aunque no se quiera. Pero ser niño es una posibilidad. Por eso la infancia puede ser robada.

Al ex apóstol le arrebataron la niñez. Se la quitó su madre, una prostituta alcohólica que se acostaba con sus clientes delante de sus hijos. La depredación siguió cuando a los cuatro años el servicio social se lo llevó del rancho de chapas en las afueras de Bahía Blanca, junto a su hermano y una hermanita un año menor que él, al Patronato de la Infancia. De la hermanita nunca supo más. Vivió en el orfanato unos pocos años. Permanecía castigado porque no quería pasear con los candidatos que se presentaban para adoptarlo. Las cuidadoras no lo toleraban, no sólo por su empecinamiento en no salir o por su interminable llanto, sino porque debían cuidarlo y perdían su día franco. Su hermano fue lo opuesto: calmo y resignado.

Un día se presentó un suboficial de la Marina de la base de Puerto Belgrano. Ariel dejó de llorar porque el hombre y su esposa lo llevaron a pasear con su hermano. El matrimonio no tenía hijos y al poco tiempo los adoptaron.